

Rev. H.D. den Hollander

Lectura: Salmos 106 (**Traducción RVR-SBT**)¹

Salterios:

Primero: 163:1-3

Segundo: 3:3-4

Tercer: 102:1-4

Cuarto: 241:1-3,5

Último: 359:1-2

Introducción:

Querida congregación, nos encontramos en las semanas de la pasión, donde recordamos el sufrimiento y la muerte del Señor Jesucristo. Hay varias opiniones sobre por qué era necesario que Jesucristo sufriera.

Algunos sostienen que, dado que hay tanto sufrimiento en el mundo, era necesario que Él nos dejara un modelo de cómo sufrir, para enseñarnos paciencia y mansedumbre en medio de nuestro sufrimiento.

Sin embargo, esta perspectiva niega la naturaleza vicaria del sufrimiento de Cristo. ¿Qué quiere decir esto? "Vicario" significa "en lugar de otro". Decir que su sufrimiento es solo un modelo para nosotros es negar que Jesucristo sufrió y murió en lugar de otros pecadores; es negar la expiación y la satisfacción de la justicia ofendida de Dios en favor de su pueblo.

Si todo lo que necesitamos es un modelo para el sufrimiento, entonces nunca hemos experimentado, como nuestro catecismo resume, *"cuán grandes son mis pecados y miserias"* (Domingo 1, Pregunta 2, C.H.). Tampoco hemos regocijado en la salvación del Señor como dice el salmista, porque es una salvación mucho más grande que un mero ejemplo.

Consideremos esto con la ayuda del Señor, a la luz de lo que hemos leído en el libro de los Salmos.

Texto: Salmos 106:23

"Y dijo que los hubiera destruido, de no haberse puesto Moisés, su escogido, en la brecha delante de él, a fin de apartar su ira para que no los destruyera."

¹ Las citas bíblicas en este sermón están tomadas de la traducción Reina-Valera 1960 (RVR-60). Sin embargo, el texto de Salmo 106:23 es extraído de la traducción Reina-Valera Sociedad Bíblica Trinitaria (RVR-SBT), realizada por la Sociedad Bíblica Trinitaria. La razón para utilizar esta última versión y recomendar su lectura en el culto es que la palabra "brecha", crucial para el desarrollo del sermón, no aparece en la RVR-60 aunque está presente en el texto hebreo original.

Tema: Moisés en la brecha

1. El Tipo²
2. El Antitipo³

Primer pensamiento. El tipo.

“Y dijo que los hubiera destruido.” ¿Qué quiere decir “destruir”? Significa eliminar, aniquilar, llevar a un completo fin, de manera que no quede nada. Este término sugiere la meta de un enemigo, como en una guerra, donde el objetivo es destruir y aniquilar. Podemos imaginar las guerras modernas y la potencia de las armas, capaces de una destrucción total.

Obviamente, esto era diferente en el tiempo del Antiguo Testamento. En aquella época, las ciudades se defendían con murallas. Se construían murallas grandes para proteger las ciudades importantes, a veces incluso con un doble cerramiento. Era esencial fortificar bien la ciudad, especialmente las puertas de entrada, para defenderse eficazmente.

Durante una guerra, una estrategia común para atacar una ciudad era el uso de un ariete: un poste sobre ruedas con una fuerte punta de hierro que se clavaba en el muro de piedra. El objetivo era romper parte del muro para abrir una brecha y permitir la entrada en la ciudad.

Y si esto ocurría, entonces los hombres que defendían la ciudad debían entrar en la brecha y hacerse parte de la muralla. Tenían que entrar en esa abertura con sus armas para proteger la ciudad y evitar que el enemigo la capturara. Los soldados que se situaban en la brecha debían ser muy valientes, ya que se encontraban expuestos al enemigo y en el punto donde el enemigo concentraría sus esfuerzos para entrar.

“Y dijo que los hubiera destruido.” ¿De qué habla nuestro texto? Se refiere a Dios, Jehová. Habla del pueblo de Israel, de Moisés su líder, y del momento en que Israel hizo el becerro de oro en el monte Sinaí.

El Salmista está relatando la misericordia y bondad de Jehová. Menciona lo que Dios hizo en Egipto con las diez plagas para liberar a Su pueblo de la servidumbre. Sin embargo, leemos en el versículo 7: *“Nuestros padres en Egipto no entendieron tus maravillas; No se acordaron de la muchedumbre de tus misericordias, Sino que se rebelaron junto al mar, en el Mar Rojo.”*

² En la Teología, un tipo es una persona, objeto, evento o lugar en el Antiguo Testamento que, por designio divino, prefigura o anticipa algo en el Nuevo Testamento. Un tipo comparte ciertas características y funciones con su antitipo, aunque también presenta limitaciones y deficiencias en comparación con él. En este contexto, Moisés es un tipo, ya que su vida y sus acciones anticipan y prefiguran a Jesucristo.

³ El antitipo es la realidad o cumplimiento de lo que fue prefigurado por el tipo. Es la manifestación plena y definitiva de lo que el tipo representa. En este caso, Jesús es el antitipo de Moisés, ya que Él cumple y supera las funciones y significados prefigurados por Moisés.

A pesar de toda la bondad de Dios mostrada en Egipto, el pueblo ya se había rebelado contra Él junto al Mar Rojo. No obstante, el Señor, en Su misericordia, los libró. Hizo que el enemigo se acercara al mar y luego destruyó completamente a su ejército, mientras salvaba a Israel de la destrucción. Leemos en el versículo 12: *“Entonces creyeron a sus palabras y cantaron su alabanza.”*

Pero su fe era temporal. En los versículos 13 y 14 leemos: *“Bien pronto olvidaron sus obras; No esperaron su consejo. Y desearon con codicia en el desierto y tentaron a Dios en la soledad.”*

El pueblo había llegado al monte Sinaí. Allí, el Señor había establecido a Israel como una nación teocrática, un pueblo único y especial en el mundo. Una nación teocrática es una nación gobernada por Dios mismo. Esto es lo que leemos en la Ley de Dios cada día de reposo, en Éxodo 20:2: *“Yo soy Jehová tu Dios.”* (¿Alguna vez les impresiona, congregación, escuchar esto? ¿Les hace decir, "oh, Señor, que seas también *mi* Dios"?) Dios les había dicho: Yo soy vuestro Dios, y vosotros sois mi pueblo. Les había dado su Ley, porque si iban a ser Su pueblo, entonces también tenían que obedecer Sus leyes.

Podemos leer en la historia de Éxodo lo triste que pasó. Moisés había subido al monte después de que Dios había dado la Ley, y entonces Dios comenzó a hablar con Moisés. Leemos en Éxodo 32:7: *“Entonces Jehová dijo a Moisés: Anda, desciende, (¿Por qué?) porque tu pueblo que sacaste de la tierra de Egipto se ha corrompido.”*

Dios se puso como el enemigo contra el pueblo. Le dijo a Moisés en Éxodo 32:9-10: *“Yo he visto a este pueblo, que por cierto es pueblo de dura cerviz. Ahora, pues déjame que se encienda mi ira en ellos, y los consuma; y de ti yo haré una nación grande.”*

“Y dijo que los hubiera destruido.” ¿Por qué? Leamos juntos Salmos 106:19-22: *“Hicieron becerro en Horeb y se postraron ante una imagen de fundición. Así cambiaron su gloria por la imagen de un buey que come hierba. Olvidaron al Dios de su salvación, que había hecho grandezas en Egipto, maravillas en la tierra de Cam, cosas formidables sobre el mar Rojo.”* Así se apartaron de Dios. Y cuando lo hicieron, fue como si Dios se convirtiera en su enemigo. Leemos en Jeremías 30:14b *“porque como hiere un enemigo te herí, con azote de adversario cruel, a causa de la magnitud de tu maldad y de la multitud de tus pecados.”*

Cuando la ira de Dios se encendía contra Su pueblo, el Salmista compara a Moisés con un soldado que se pone en la brecha de las murallas de la ciudad de Sion. Esta es la imagen aquí: el pueblo es como una fortaleza (tienen a Dios), pero en la fortaleza, en sus murallas, se ha hecho una gran brecha, y ahora el pueblo está en peligro. El enemigo, Jehová mismo, se ha

puesto contra el pueblo, y Moisés se coloca en la brecha para defender a la gente de la ciudad contra el enemigo, para que el pueblo no fuera destruido.

¿Qué hace Moisés? Leemos en Éxodo que Moisés ora. Se pone en la brecha con el arma de la oración de intercesión. Esta es un arma poderosa porque Dios es quien da la oración y contesta a la oración. *La oración eficaz del justo puede mucho* (Santiago 5:16). Moisés intercede por el pacto de Dios, aboga por la inmutabilidad de Dios mismo, y aboga por el honor de Jehová. ¿Qué dirán los egipcios cuando se enteren de que has destruido a tu pueblo?

Pero Moisés hace aún más. Se coloca en la brecha como alguien que estaría dispuesto a sacrificarse por el pueblo. En Éxodo 32:2 leemos: *“que perdones ahora su pecado, y si no, ráeme ahora de tu libro que has escrito.”* Vemos en Moisés un gran amor por el pueblo. Incluso estaría dispuesto a ir a la condenación para que el pueblo de Dios pudiera ser salvo. Él desea ir en su lugar *“para que Tú los recibas de nuevo, Señor.”* ¿Qué leemos? ¿Recibe el Señor a Moisés así? Leemos que no. En Éxodo 32:33 *“Al que pecare contra mí, a éste raeré yo de mi libro.”*

Así que el Señor no aceptaría a Moisés como mediador para el pueblo. En cierto sentido, Moisés logró apartar la ira de Dios como un mediador de intercesión. Sin embargo, Moisés no podía ser un mediador de reconciliación, es decir, no podía satisfacer la justicia ofendida de Dios. ¿Por qué no? Porque no estaba capacitado para ello. Era necesario otro mediador. Por lo tanto, el texto nos invita a considerar el antitipo de Moisés.

Segundo pensamiento. El Antitipo.

¡Qué bendito era el estado de rectitud e inocencia en el Paraíso! Adán y Eva disfrutaban de una relación de perfecta comunión con el Señor, sin nada que interfiriera, sin ninguna brecha. ¡Qué profunda brecha hizo el pecado en esta relación! Una brecha que expuso a toda la humanidad a un gran peligro. Si la ira de Dios se encendió contra el pueblo de Israel, ¡cuánto más contra Adán, el representante del pacto con toda la humanidad! *Y dijo que los hubiera destruido... Porque el día que de él comieres, ciertamente morirás.*

Dios había advertido solemnemente a nuestros primeros padres. La consecuencia de pecar sería una muerte triple: temporal, espiritual y eterna. *Y dijo que los hubiera destruido.*

Que brecha era lo que hizo Adán con Dios. No tiene comparación, porque jamás existía tal amistad y comunión en la historia de la humanidad. No lo podemos comparar porque no hay un Amigo como lo tenía Adán en Dios. Y no es solamente que no hay Amigo así, tampoco hay un enemigo como lo es Él. Pablo pregunta en Romanos 8:31 *“Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?”* Y esto es la verdad, pero igual el opuesto es la realidad: Si Dios es contra nosotros, ¿quién por nosotros? Si Dios es nuestro enemigo, ¿quién nos puede salvar?

Esta brecha es irreparable de nuestro lado. Leemos en el profeta Isaías, 59:2: *“Pero vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios.”* ¿Han intentado reparar esta brecha con su Creador ofendido? El hombre no puede hacerlo, y lo experimenta cuando lo intenta.

Incluso hay un sentido, hablando reverentemente, en que Dios mismo no puede repararla. ¿Por qué no? Porque no puede cambiar, y, por lo tanto, no puede cambiar su justicia. No puede pasar por alto su santidad. Él es fiel y no puede retractarse de la amenaza que hizo respecto a la muerte. Lo dijo, y por lo tanto, lo hará. Así que, es una brecha irreparable.

Por lo tanto, ¿qué necesita el hombre caído? El hombre caído necesita, como hemos leído sobre Moisés, a Alguien valiente que pueda ponerse en la brecha. Necesita a Alguien que pueda librar su alma de Aquel que debe presentarse como su enemigo debido a la justicia ofendida. ¿Dónde, entonces, encontrará tal Redentor? ¿Alguien que pueda interponerse en la brecha contra la ira de Dios, que nuestro pecado ha atraído sobre nosotros?

Oh, Cristo es la provisión de Dios mismo. ¿No es esto una maravilla? Significa que, a pesar de que por su ofendida justicia Dios se puso contra nosotros como nuestro Enemigo, también, en su gran sabiduría, pudo proveer a un Hombre para ponerlo en la brecha. Pero esto no se llevó a cabo a expensas de sus propios atributos. Por eso, el sufrimiento y la muerte del Señor Jesucristo son tan necesarios.

“Y dijo que los hubiera destruido, de no haberse puesto Moisés, su escogido, en la brecha delante de él, a fin de apartar su ira para que no los destruyera.”

Moisés era un mediador de *intercesión*, pero Cristo es también el mediador de *reconciliación*. Esto se debe a su obediencia pasiva y activa. Solo la sangre de Cristo puede apartar la espada de la justicia de Dios, y solo una obediencia perfecta puede recuperar para el hombre su tesoro perdido: la vida eterna.

Qué amor se refleja en el Señor Jesucristo, quien dejó atrás la gloria de su Padre para entrar en este mundo y asumir la carne de un hombre pecador. No solo eso, sino que también dio su vida por la ciudad de Sion, que había ofendido al Señor. Se puso en la brecha, permaneciendo allí a expensas de su propia vida. ¡Qué valentía, al afirmar su rostro para ir a Jerusalén, sabiendo lo que le esperaba: la muerte en el Gólgota, donde sufriría los golpes de la justicia de Dios! ¿No es Él un Hombre digno de la mayor honra?

Ciertamente, los ángeles cantaron en los cielos cuando Dios el Padre, como comandante, tocó la trompeta para detener sus fuerzas en la mañana de la resurrección. Todas las fuerzas que

estaban contra la ciudad de Sion fueron llamadas a detenerse, de modo que nadie pudiera penetrar aquella ciudad. Porque el Padre estaba satisfecho; el precio había sido pagado en su totalidad. Leemos *“a fin de apartar su ira.”*

La ira fue apartada para que los pasos de la exaltación de Cristo pudieran comenzar, para que pudiera ascender a los cielos a la diestra de Dios, y para que la iglesia pudiera resucitar de la muerte y recibir todas las bendiciones que fluyen de la obediencia vicaria del Hijo Unigénito de Dios.

Cantemos. Salterio 241:1-3,5.

“Y dijo que los hubiera destruido.”

¿De qué habla? Habla de la ira de Dios contra el pecado. Habla de la maldad del pecado y del desagrado de Dios hacia él. ¿Sentimos algo del desagrado de Dios contra nuestro pecado? A menudo, tenemos tan poco sentimiento de la gravedad del pecado, de cómo nuestro pecado provoca a Dios.

¡Oh, que los israelitas hubieran entendido algo de lo que pasaba por la mente de Dios cuando hicieron el becerro de oro, esforzándose por seguir las costumbres del mundo! Así era como el mundo de su tiempo hacía culto. ¡Oh, si solo pudieran haber sentido algo de lo que estaba sucediendo en el cielo! Entonces, nunca se habrían atrevido a seguir ese camino.

Si solo pudiéramos experimentar un poco del desagrado de Dios contra nuestro pecado, ¡cuán diferente sería nuestra vida! Nunca podremos comprender completamente lo que significó para Cristo colocarse en la brecha si nunca hemos experimentado en nuestra vida lo que es esa brecha hecha por nuestros pecados.

En nuestro tiempo, hay mucha gente que habla del amor de Dios. ¿Es cierto? Ciertamente. Lo vemos y recibimos de Él, al menos en un sentido natural, en Su bondad común para proveer nuestras necesidades y responder nuestras súplicas. ¿Quién puede negar la bondad de Dios? El hombre dice: “Dios es amor.” Eso es cierto. Pero, ¿hemos experimentado algo de Su desagrado? Porque nacemos en un pacto quebrantado, en una brecha. La brecha fue hecha en el Paraíso y no se puede reparar. El apóstol Pablo dice que el hombre se ha debilitado por la carne. Ya no se puede reparar esa muralla.

Mientras permanecemos en ese pacto quebrantado, somos considerados infractores del pacto. Mientras estemos ahí, estamos bajo maldición, somos quebrantadores de la Santa Ley, y el Señor busca destruirnos. *“Pero el que no cree, ya ha sido condenado”* leemos en Juan 3:18. Así,

la espada del juicio de Dios está extendida para destruirnos, no solo en este tiempo, sino también para la eternidad.

¿Cómo es posible que un hombre, especialmente uno bajo la predicación de la Palabra, pueda vivir tan descuidadamente bajo la maldición, sin sentir la necesidad de que alguien se interponga en la brecha por él? ¿Cómo puede vivir sin sentir la necesidad de un Mediador y Salvador? Esto ocurre porque la majestad de Dios está tan oculta para nosotros que no la sentimos. ¿Cómo fue en Sinaí? Leemos en Éxodo 19:18: *“Todo el monte Sinaí humeaba, porque Jehová había descendido sobre él en fuego; y el humo subía como el humo de un horno, y todo el monte se estremecía en gran manera.”* Y en Hebreos 12:21 se dice que Moisés dijo: *“estoy espantado y temblando”*.

Los hijos de Israel no podían soportar la presencia de Jehová; la sentían. Por eso, pidieron a Moisés que el Señor no les hablara directamente. Cuando vislumbraron algo de la gran majestad de Jehová y de Su ira contra el pecado, suplicaron que hubiera un Mediador entre Jehová y ellos. Leemos en Éxodo 20:19 *“Y dijeron a Moisés: Habla tú con nosotros, y nosotros oiremos; pero no hable Dios con nosotros, para que no muramos.”*

Así fue en el pasado, y así será otra vez en el futuro cuando el Señor regrese en las nubes del cielo. Leemos también que la majestad será vista y sentida; cada ojo lo verá, incluidos los que lo traspasaron, y los hombres clamarán a los montes, (Apoc. 6:16): *“Caed sobre nosotros, y escondednos del rostro de aquel que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero.”*

Pero por el momento, esa majestad está oculta tras el velo de Su bondad y paciencia común. ¿Y el resultado? No creemos en Su Palabra, o razonamos que esas advertencias eran solo para el pueblo de Israel en el pasado, y que ya no se aplican a nosotros.

¿Qué enseña la gracia a un hombre? Le enseña que necesita morir, y que, por sí mismo, no puede morir. ¿Alguna vez ha sentido la necesidad de morir? No solo por enfermedad o accidente, sino porque el Señor ha impuesto en su corazón la conciencia de que necesita presentarse ante la majestad de Dios. ¿Alguna vez sintió en su alma algo de la reverencia y respeto hacia Él? ¿Algo de esa majestad que lo haría temer estar ante Él sin tener respuestas para mil de Sus preguntas?

Pregunte a Su pueblo. A aquellos que han experimentado lo que era tener que morir por su pecado. Pregúnteles si sería suficiente que Cristo fuera un mero ejemplo de cómo sufrir, porque ha dejado un ejemplo de cómo someterse ante el Señor en el sufrimiento. Pero, ¿es suficiente para ellos que Él sea solo un ejemplo? ¿Pueden ellos mismos ponerse en la brecha cuando tienen un ejemplo puesto ante ellos?

No, le dirían que ciertamente no. Porque si fuera necesario para ellos estar en la brecha, el enemigo sería demasiado fuerte y los vencería. No pueden mantenerse ante el justo juicio del Señor. Más que un ejemplo, es necesario un valiente y poderoso Salvador y Redentor, alguien que tiene mucho más que ellos. Alguien con la habilidad de enfrentar la justicia que los va a destruir.

Hemos preguntado si han visto algo de esta brecha en su vida. ¿Han visto algo también de este Poderoso Salvador? Porque el Señor también, en Su gracia, se lo revela a Su pueblo. Las hijas de Jerusalén lloraban al ver el sufrimiento de Jesucristo, y ciertamente fue una vista lamentable. Ellas lo conocían como un Hombre que siempre hizo lo bueno. Su palabra era distinta de la de cualquier otro hombre. Era un hombre de compasión y gracia para cada uno que vino a Él. Y ahora lo iban a crucificar, por lo que había lágrimas de piedad y simpatía. Es bueno ver esto y sentir algo de ello.

Sin embargo, cuando Cristo se revela a un pecador en su gran necesidad, entonces no ven a un mártir. No es que sentimos pena por Él, no, en absoluto. Porque el Señor lo está revelando en Su poder y fuerza. Ellos, cuando por fe lo ven en Su sufrimiento, colgado en la cruz, no lo ven como un mártir, sino como un Salvador. Porque en ese sufrimiento se revela en todo Su poder. Ven el poder en la sangre derramada en ese árbol maldito. Ven cuán poderosa es para librarlos de todo el poder del pecado y de la iniquidad.

Reciben vistas majestuosas, no de piedad. Es una vista de adoración y maravilla. Trae a sus corazones un regocijo en el Salvador por Su disponibilidad y voluntad de hacer lo que hizo. Entonces, su corazón se regocija y bebe de esta fuente de consolación. Porque ven la maldición removida y ellos liberados de ella. Vemos entonces la diferencia entre la vista natural y la vista espiritual del sufrimiento de Jesucristo. La diferencia entre lo que el hombre ve y lo que el Espíritu muestra a Su pueblo.

“Y dijo que los hubiera destruido, de no haberse puesto Moisés, su escogido, en la brecha delante de él, a fin de apartar su ira para que no los destruyera.”

Que honra reciba el Señor en los ejercicios de la fe en el corazón de Su pueblo. Porque cuando el Señor se revela a ellos, puesto en la brecha también para ellos, entonces su alma arde en amor por Él como nunca. Él se vuelve tan precioso y adecuado.

Son estos los principios del gozo del corazón por fe. Reciben una esperanza que proporciona consolación para andar en esta vida. ¿Qué será cuando todos los obstáculos sean eliminados de ese pueblo y puedan gloriarse en Él sin impedimentos por toda la eternidad?

Congregación, ¿de qué hemos leído? De una brecha. ¿Alguna vez la hemos experimentado? ¿Sabemos algo de ello? ¿Qué somos expuestos a la condenación y a la ira? El mundo dice que Dios es amor para tranquilizar al hombre, para que no tema morir cuando se va a dormir. ¿Es Dios amor? Ciertamente lo es. Es evidente en todas las bendiciones que nos da.

Sin embargo, por naturaleza estamos en enemistad contra Él. ¿Lo sentimos alguna vez? Por naturaleza amamos este mundo y cada cosa carnal que Satanás pone ante nosotros. No hay ni una chispa de ese amor verdadero por el verdadero y vivo Dios.

Un pacto quebrantado. Y no solo nuestro corazón está en enemistad. Dios también está en enemistad contra nosotros. *Y dijo que los hubiera destruido*. A esto estamos expuestos: la destrucción del Todopoderoso. Si viviéramos en aquella época, y si nuestra ciudad estuviera expuesta con una brecha, cuanto temeríamos. Pero nuestra alma está expuesta con una brecha y, por naturaleza, la ira de Dios reposa sobre nosotros. Por lo tanto, Él dice (Hebreos 3:15), *“Si oyereis hoy su voz, No endurezcáis vuestros corazones”*.

Puede estar seguro de que nuestra miseria no es menor que lo que se ve descrito en la Palabra de Dios. Es tan miserable y expuesto a Su ira si morimos así. Pero estén seguros también de que nuestra oportunidad no es menor que lo que se describe en la Palabra de Dios. ¡Hay Alguien dispuesto a ponerse en la brecha! ¡Hay alguien que se ha puesto en la brecha! Y esto necesita ser aplicado a nosotros. Él dice, Salmos 50:15 *“Invócame en el día de la angustia; Te libraré, y tú me honrarás.”*

Amén.

Último Salterio 359:1-2.